

El bullicio se aumentaba.

Y el coche que conducía á Inés, Clotilde y D. Emilio, desapareció entre las espesas nubes de polvo que los carruajes y los caballos levantaban en la espaciosa calzada.

CAPITULO X.

En la prision.

Hace tiempo que vimos conducir á la cárcel en medio de una patrulla de soldados á un inocente por el crimen de asesinato que se le imputaba.

Este preso era D. Félix Huerta, el honrado dependiente de D. Felipe Flan.

Al escuchar el ruido de los cerrojos de las pesadas puertas que tras de sí cerraban, sintió helársele la sangre en las venas, y que sus piernas flaqueaban.

El aspecto lúgubre de aquella oscura mansion donde se le encerraba, confundiendo con los mayores criminales de la sociedad, le hizo estremecer de horror.

Pálido, y abrumado con el peso de su desgracia, seguía al carcelero que, con un opaco farol en la mano izquierda y un manojo de llaves en la derecha, atravesaba por oscuros y sucios pasillos con estrechos calabozos de uno y otro lado, donde resonaban las blasfemias y las maldiciones de los desesperados presos.

El carcelero se detuvo en el fondo del último pasillo, enfrente á una puerta baja y gruesa de cedro; quitó los duros cerrojos, y mandó á D. Félix que penetrase en aquel antro que le debía servir de habitacion.

El calabozo era estrecho, húmedo y con el techo tan bajo, que casi se tocaba á él con la cabeza: no tenia ventilacion ninguna, y no penetraba en él otra luz que la escasa que permitia una mezquina claraboya, con gruesas rejas, practicada encima de la puerta.

El único objeto que se encontraba en este calabozo, era una tarima con un aplastado jergon que servia de asiento y de lecho al desgraciado que entraba allí.

Al abrir la puerta y penetrar en aquella

horrible mansion, un aire húmedo y malsano dió en el rostro del infeliz jóven que sintió resbalar sus piés en un piso blando de mojada tierra.

No bien pasó el umbral de su estrecha prision, cuando se cerró tras sí la pesada puerta que le separaba de todos los vivos.

Don Félix, agobiado por el peso de la desgracia, se acercó á tuestas hácia el lecho que se hallaba en el rincon.

Al tocarlo, se estremeció de horror; consideró que sobre aquel mismo jergon habrian descansado temibles criminales, y sus facciones se contrajeron de espanto; un sudor frio corrió por su espaciosa frente, y un temblor continuo se apoderó de todos sus miembros.

Tenia necesidad de sentarse, y no podía sobreponerse al horror que le inspiraba la repugnante tarima en que habian dormido millares de malhechores y asesinos.

Así permaneció un largo rato, hasta que no pudiendo resistir al cansancio y al temblor de sus piernas, se dejó caer abatido

sobre el miserable lecho, tapándose el rostro con ambas manos.

Aun estaba manchada su camisa con la sangre de su querido principal, cuya horrenda muerte no se podía apartar un solo instante de su viva imaginacion.

Veia delante de sus ojos el cadáver del hombre que poco antes le habia colmado de favores, y su aficcion y su dolor se aumentaban con la consideracion de que el público le creyese capaz del crimen que se le imputaba.

—¡Mañana las personas que me distinguan—exclamó el infeliz—me tendrán por un infame asesino! ¡mi nombre aparecerá en los papeles públicos como el de un ingrato, digno del desprecio y de la execracion del mundo! ¡Y Soledad! ¡Ah! Soledad tambien me maldecirá tal vez creyéndome el verdugo de su digno protector! ¡No, Dios mio!—añadió cayendo de rodillas—¡no me hagas pasar ante ese ángel que me fué encomendado por mi moribunda madre, por un miserable.... por un infame indigno de su compasion!

Las pocas horas que faltaban para que alumbrase la luz del nuevo dia las pasó el afligido preso entregado á las reflexiones mas tristes y desgarradoras.

A cosa de las ocho de la mañana entró el carcelero con el desayuno, que consistia en una taza de *atole* (1) y en un poco de pan; lo puso sobre el lecho, y se retiró sin pronunciar una sola palabra.

En aquel mismo dia se le tomaron nuevas declaraciones, y á todas las preguntas que se le hicieron contestó de la misma manera que en la noche anterior.

La humedad, el aire malsano, la falta de ventilacion de aquella caverna, los malos y escasos alimentos, y sobre todo, el sentimiento y la vergüenza de verse acusado de un crimen que debia hacerle odioso á la sociedad, de tal manera destruyeron su salud, que, á los veinte dias de verse en aquel sitio, solo, incomunicado y sin escuchar otra voz que la ronca del carcelero que le llevaba la comida, parecia un convaleciente que

(1) Líquido hecho de maíz que los médicos recetan en México, como alimento á los enfermos.

acababa de salir de una larga y peligrosa enfermedad.

Los sonrosados colores de su simpática faz, llena de animacion, de juventud y de vida, habian desaparecido ante el amarillento y melancólico tinte que imprimen la tristeza y los padecimientos morales.

Nunca la memoria de Soledad se habia presentado á su mente tan seductora, tierna, y dulce, como en aquella horrible mansion en que se veia sepultado, y de donde al vez caminaría al patíbulo.

Ni un instante podia apartar de su imaginacion los hechizos que atesoraba aquel ángel cuya memoria endulzaba sus amargas y profundas penas.

—¡Qué será de ella!—pensaba á todas horas;—¡A dónde habrá ido al verse arrojada de la mansion en que adorada de todos, se deslizaba tranquilamente su vida confiándose los secretos de su cándido corazón! ¡Me consagrará siquiera un recuerdo, á mí que no me olvido un instante de ella, ó maldicirá acaso mi memoria creyéndome manchado con la sangre de su bien-

hechor! ¡Dios mio, Dios mio! ¡no permitas que se una esta nueva desgracia á las muchas que me afligen y me abruma....! ¡Todo lo puedo soportar, menos su odio ó su aborrecimiento! ¡Si.... todo menos eso!

Y el desgraciado jóven se atormentaba con aquel pensamiento que no le abandonaba.

¡Pobre Félix!

¡Por qué la acusacion de un crimen que echaba sobre su limpio nombre un borron indeleble, la privacion de la dulce libertad, y las incomodidades de su estrecha prision, le ocupaban menos que la idea del desprecio de la hermosa Soledad?

Esto es lo que él mismo no podia explicarse.

Hasta entonces habia vivido en la creencia de que nada podia interesar tanto al hombre honrado, como mantener incólume el limpio lustre de su apellido; pero en aquel instante veía que habia cosa que se sobreponia al aprecio de la sociedad, y era la estimacion, el recuerdo, el cariño de su supuesta y hechicera prima.

En vano se reprendia á sí mismo y se echaba en cara la debilidad de posponer su reputacion y su buen nombre, al deseo de un simple recuerdo de la hermosa jóven.

Por mas que procuraba acatar los fueros de la razon, su pecho se revelaba contra ella, y el corazon quedaba vencedor en aquella terrible lucha de pasiones y deberes.

¿Y aquel imperioso afecto que le dominaba, reconocia por origen una simple y sincera amistad, como él hasta entonces se habia figurado, ó tenia por causa esa pasion mas vehemente, mas fuerte, mas dominante, que el mundo denomina amor?

Hé aquí lo que no nos atrevemos á responder, por mas inclinados que nos hallemos á creer lo segundo.

Sin embargo, nos vemos en la imprescindible obligacion de decir, en obsequio de la verdad, que él estaba en la firme persuasion de que su afecto no reconocia otra causa que el cariño sincero, la deferencia, el interés noble y franco que se profesa á una tierna y dulce hermana.

Nosotros, pues, respetamos su creencia,

y sin poner en tela de juicio el origen de sus sentimientos, dejamos libre el vasto campo de las conjeturas á las personas analizadoras que traten de investigar el verdadero motivo de aquel afecto que le hacia olvidar todos los demas.

Así pasaba los dias en aquel oscuro encierro, poniendo la esperanza de su libertad en la fé de su conciencia.

Pero ésta era interna, y solo él estaba persuadido de la rectitud de sus acciones, mientras las apariencias eran públicas, estaban al alcance de todo el mundo, y le acusaban con la fuerza de una verdad sin réplica.

Hasta algunas monedas de las falsas que D. Felipe le habia dado para que las examinara al siguiente dia en que tuvo lugar su asesinato y que se las encontraron en el bolsillo, sirvieron para aumentar la fuerza del proceso que le condenaba.

El gobierno al entrar en posesion de todo, habia encontrado en las cantidades entregadas por Duval, los pesos que habia cortado Flan, y descubriendo por ellos que

todo el dinero era falso, los jueces hicieron un nuevo interrogatorio á D. Félix para saber la causa de estar él en posesion de un dinero de igual naturaleza.

El honrado dependiente declaró sencillamente su procedencia, manifestando que lo habia entregado en pago Duval.

El juez, sin pérdida de tiempo, dió orden para catear la casa de Duval, reconocer todo el dinero que en ella se encontrase, y para que compareciese á contestar á la acusacion que D. Félix le hacia.

Los encargados de ejecutar aquellas órdenes, cumplieron escrupulosamente con ellas; pero nada falso encontraron, porque Duval, previendo lo que debia suceder, habia sacado con anticipacion cuanto dinero fabricado por sus socios tenia, y solo dejó gruesas cantidades de excelente moneda.

Sin embargo, fingiendo una indignacion justa y extrema, por la ofensa que se le inferia, se presentó al juez suplicando hiciese comparecer al impostor que para eludir el nuevo cargo que se hacia contra él, se habia atrevido á acusarle.

El juez hizo en efecto ir á su presencia á D. Félix, y ordenándole que expusiese las razones que tenia para acusar á un hombre honrado como Duval, manifestó las relaciones de comercio que habia habido entre ellos, y la manera casual como se habia descubierto la mala ley del dinero entregado.

—¿Cuánto tiempo hace que tenia en la casa cuenta corriente el señor Duval?

Preguntó el juez.

—Hace muchos años.

—¿Y cuándo llegó vd. á saber que el dinero era falso?

—A sospechar lo llegué desde la feria de Tlalpam.

—¿Cómo?

—Habiendo entrado, en la feria de Tlalpam, á una nevería, oí contar á un individuo del bajo pueblo el caso de haber partido algunos pesos pertenecientes á las cantidades de dinero que suelen traer al señor Duval, y asegurar que tenian el corazon de cobre.

—¿Y sabe vd. dónde vive ese individuo?

Duval palideció.

—No señor.

El inicto amigo de Willey respiró y recobró su aplomo.

—¿Pero le conoce vd?

—Tampoco, ni llegué á verle.

—¿Cómo puede ser eso?

—Porque una cortina dividia la pieza en que yo estaba, de la que ellos ocupaban.

—¿Y por qué no entró vd. á preguntarle lo que habia sobre el particular, cuando era un asunto de tanta importancia para vd?

—Porque nunca imaginé que el señor Flan seria asesinado, y pensé que con cerciorarme yo mismo del caso era suficiente.

—¿Y cuándo llegó vd. á cerciorarse?

—Pocas horas antes de que me viese reducido á prision.

—¿Es decir, la misma noche en que se cometió el asesinato?

—Sí señor.

—¿Y qué pruebas puede vd. presentar para que la acusacion tenga fuerza sobre el señor Duval?

—Pruebas, ningunas mas que la palabra de mi principal, que es sagrada para mí.

—¿Y quién nos asegura que en efecto le dijo á vd. lo que afirma?

Don Félix no encontró que contestar á aquella pregunta, miró inquieto á todas partes, y no hallando respuesta satisfactoria, se cruzó de brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho y guardó silencio.

Duval dejó asomar á su rostro una sonrisa de triunfo.

El juez, viendo la actitud del desgraciado jóven, continuó:

—¿No puede vd. señalar algun testigo que asegure haber escuchado de los lábios del señor Flan lo mismo que vd. escuchó?

Don Félix levantó con languidez la cabeza, dejó escapar un suspiro, y contestó con acento conmovido:

—¡Ninguno! era tan bueno, que trataba de no perjudicar al hombre que le habia engañado, contentándose con suplicarle que reparase el mal causado.

—Pero esa generosidad con un criminal, le hacia cómplice á él mismo.

—Esa fué la observacion que yo le hice.

—¿Y á pesar de eso insistió en su pensamiento?

—Quiso dejar la resolucion para el siguiente dia.

—¿Qué tiene vd. que contestar—dijo el juez dirijiéndose á Duval—á las palabras de su acusador?

—Muy poco ciertamente; pero que bastará á poner en ridículo su incalificable acusacion. ¿Es creible que siendo el señor Huerta un dependiente tan celoso de la prosperidad de la casa del señor Flan, dejase de dirigirse al hombre que me acusaba, y que se alejase de la nevería sin haber tenido siquiera la curiosidad de conocer al que podia servirle un dia de testigo? ¿Es posible que en una série de años no se haya descubierto en una casa de comercio de las mas notables, la mala ley del dinero que casi diariamente entregaba, y que se haya venido á aclarar en la misma noche en que se asesinaba infamemente al único que podia acusarme? ¡Ah! por sensible que me sea recordar escenas desgarradoras, ahora com-

prendo que el motivo de aquel crimen que ha horrorizado á la sociedad, era consecuencia precisa del delito de falsificacion. Estoy seguro de no equivocarme en lo que voy á decir. En este instante se descorre ante mis ojos el velo que ocultaba la causa de ese crimen.

—¡Cómo!

Exclamó el juez admirado.

—Sí, la causa es la fabricacion de esas cantidades; y el fabricante de ellas no puede ser otro que D. Félix, quien al verse sin duda descubierto por su principal, cuyo dinero sustituiria con el suyo, no encontró otro medio para dejar oculto su delito, que cometer el espantoso crimen de asesinarle en su cama. Todas las declaraciones están de acuerdo en que en la fatal noche en que una mano alevosa me privó de uno de mis mejores amigos, D. Félix y Flan permanecieron solos en el almacen hasta una hora desusada de la noche. ¿Qué motivo existia para ello? La aclaracion de aquel hecho. Mas tarde se les ve subir juntos hasta el cuarto del segundo. ¿A qué le acompañaba

el dependiente? Sin duda buscando por pretesto disculparse de la falta que se le echaba en cara, ó rogando que no le denunciase, no llevando en realidad otra mira que la de estar dispuesto á quitarle la vida tan luego como le viese dormido. ¿Cómo se explica si no el encuentro del puñal que, según se asegura, lleva impreso en la hoja su nombre y apellido, y el verle manchado con la sangre de la víctima, cuando ningun otro pudo penetrar en la casa ni salir de ella?

Don Félix que no esperaba verse acusado por el mismo á quien se habia creído con derecho de acusar, quedó sorprendido y sin saber qué contestar.

El juez interpretó su silencio como una prueba de impostura que habia buscado para salvarse del cargo de falsificador, y en la entereza y seguridad de Duval, la autoridad que da la inocencia.

No teniendo, pues, nuevas preguntas que hacer al que aparecia reo, ordenó á los guardias que le condujesen al calabozo.

El desgraciado jóven salió de la sala del

juez precedido del carcelero y seguido de dos soldados que habian ido custodiándole.

Duval, entre tanto, apareciendo como un leal amigo de Flan, levantaba con orgullo la cabeza, y se lamentaba con el juez de la debilidad humana que vuelve ingratos á los que mas favores han recibido de sus protectores, como habia sucedido, agregaba, con D. Félix.

El juez refirió algunos casos semejantes á aquel, y despues de ofrecerse á la disposicion de Duval, salió á acompañar á éste hasta la puerta.

El infame socio de Willey, al verse en la calle, respiró con libertad: conoció que nada tenia ya qué temer, y se dirigió lleno de satisfaccion y con aire de triunfo, hácia la casa del doctor para comunicarle lo que habia pasado, mientras el inocente Félix volvía á penetrar en su calabozo, abrumado con el terrible peso de la acusacion de asesino que pesaba sobre él.